

**“La humanidad educada es
una bendición para el mundo.”**



La educación en el espíritu

1 de Pestalozzi

La importancia de la educación para el desarrollo moral, técnico y económico de la sociedad y del estado es algo mundialmente reconocido. En numerosos países el sistema educativo viene sufriendo, desde hace años o décadas, una transformación que es en parte dramática. No sucedería tal cosa, si los sectores competentes estuviesen más o menos satisfechos con los resultados educativos. Efectivamente, muchos escolares al finalizar sus estudios, no llenan los requisitos previstos por los programas oficiales de la educación, y sus conocimientos son escasos en muchos ámbitos. Por ello, casi todas las tendencias políticas reivindican una remodelación del sistema educativo y más dinero para ello.

Así pues, la presión política que se ejerce sobre los responsables de la educación se acrecienta en muchos países. La organización de las escuelas se vuelve cada vez más estricta, a los maestros se les exige trabajar en equipo y se les integra en sistemas elaborados “científicamente” para garantizar “calidad”. Los directores de escuela tienen responsabilidades cada vez mayores y las estructuras jerárquicas se refuerzan. En muchos países de la Unión Europea - pero también en Suiza, sin pertenecer a ella - la enseñanza en las universidades y en los institutos especializados se organiza según el modelo de Bolonia – que se originó en los Estados Unidos de Norte América - y que muchos países de la Unión Europea han adoptado como norma. Según este modelo, los estudiantes trabajan un número dado de temas durante lapsos determinados de tiempo. Con ello no se aspira a educar en sí, ni a educar pausadamente, sino a formar a bajo costo. Los jóvenes tienen que estar preparados

para realizar las tareas que les reserva la economía y el estado. Unos títulos normativos - cuya equivalencia se reconocerá en todas partes - acreditarán los resultados que se han obtenido en cursos estándares. Estos diplomas le servirán al estudiante para su avance en la carrera.

Sin duda alguna, todas las medidas citadas han sido tomadas y seguirán tomándose con la mejor intención. Sin embargo, pienso que muchas de ellas son ineficaces o contraproducentes. La orientación de las reformas es demasiado unilateral. Parece como si nos obstináramos a ignorar los problemas que miles de maestros enfrentan día tras día. El brío político gira con tenacidad entorno a la reorganización de *estructuras*, se habla mucho de costos y de sistemas pero nunca de los niños, ni del alumno, ni del maestro en particular, ni tampoco de las exigencias pedagógicas y didácticas que deben cumplir. Tampoco se menciona el tiempo, la necesidad de tomarse el tiempo para realizar un trabajo meticulado. El alumno parece reducido a un recipiente vacío que uno puede rellenar como uno quiera, siempre y cuando se cumplan las prescripciones, se sigan los planes de estudio y se observen los métodos adecuados. En cuanto surge, en algún sitio, un nuevo problema, se reclama inmediatamente la introducción de una nueva disciplina. Esto tiene siempre buena acogida, pues demuestra que se desea atacar el problema por la raíz. Sin embargo, rara vez se cuestiona si el alumno, el maestro o la escuela en su conjunto pueden dar abasto con todo lo que se les exige y si no habría tal vez que suprimir otras cosas.

Nos gustaría preguntarle, a los expertos que constantemente proponen ampliar el plan de estudios, si alguna vez vieron a esos padres de hijos desmotivados y fracasados, cuando trataban desesperadamente de ayudarlos a no quedarse atrás. ¿Estarán al tanto de la dramática situación que atraviesan todas esas familias cuyos hijos ya no quieren ir a la escuela? Porque en verdad, muchos chicos están aturridos con todo lo que han debido abordar en clase sin que se les haya dado la oportunidad de ejercitarlo a fondo. Por eso, tanto ellos como sus padres están, a menudo, al límite de sus capacidades. O ¿ tendrán acaso, esos expertos, un remedio a mano que le indique a un maestro cómo debe actuar ante chicos engreídos que no se privan de hacer comentarios despectivos o recusan con arrogancia el cumplimiento de cada tarea que supone un esfuerzo?

Pero ¿cómo es posible que una mayoría de nuestros contemporáneos crea que los cambios en el sistema – que llevan a una uniformización y a una dirección jerárquica de la enseñanza, pero también a la introducción masiva de

medios técnicos - pueda mejorar verdaderamente la calidad de la educación? Este camino se viene siguiendo ya desde hace muchos años y sin embargo, no se puede hablar de un aumento evidente del éxito en la enseñanza. Según mis estimaciones, la confianza en las medidas citadas sigue intacta, porque los sectores que determinan la política de la educación, la administración educativa y las ciencias de la educación han transpuesto - de manera casi inconsciente, como algo natural - cada solución que en la economía se ha revelado lucrativa, al menos parcialmente, al sector de la formación y de la escuela. Se cree también que una concentración mayor de recursos, una dirección más rigurosa, normas más consecuentes y estructuras más racionales pueden garantizar el éxito de la educación. *Pero, para alcanzar el éxito en el ámbito de la Educación, se precisan otras reglas de importancia, distintas a las que requiere la Economía.* Si se ignora esto, todas las reformas degeneran en pura actividad frenética. Es necesario por esto operar un cambio de óptica, alejarse de lo organizatorio, jurídico, financiero, y focalizarse en lo pedagógico, en los hechos educativos concretos y en los verdaderos problemas cotidianos.

Por esto, todos los responsables de la formación y educación de los niños y de los jóvenes deben guiarse por las reglas válidas para ese sector. Esto significa meditar sobre el *origen*, la *esencia* de la formación, el aprendizaje, la enseñanza y la educación. Este trabajo no se agota nunca y concierne todas las generaciones; si lo rechazamos, habrá fracaso, desconcierto y sufrimiento. Sin embargo, es en la manera de repensar una y otra vez la esencia de la enseñanza, que nuestro trabajo educativo alcanza verdadera *calidad*.

Y así llego pues a los principales objetivos de mi libro que consisten, en darle visibilidad a lo que es *esencial* en el ámbito de la educación, del aprendizaje y de la escuela. Se trata del cultivo de nuestro trabajo de formación y educación y de aportar verdadera *calidad* al rendimiento de los alumnos.

Entre la realidad de nuestra educación actual - dominada por esa creencia en el progreso que es incapáz de ver más allá de los asuntos puramente técnicos y organizativos - y lo esencial de la formación, que es enseñar y aprender, existe una *tensión*. Ésta última es a veces difícil de soportar. Pero el que no la ha vivido y no se ha enfrentado a ella, tratando a lo máximo de crear un puente entre los dos polos, verá que su labor es improductiva. Es una mera rueda, sin orientación alguna, en el engranaje de esos procesos sociales que constantemente generan más problemas de los que solucionan.

Por eso, con mi libro quiero *alentar*, es decir, darle *valor* a los enseñantes para que se entreguen a esta búsqueda cotidiana de lo esencial en la forma-

ción, la enseñanza y la educación. También quiero *incentivar* a los políticos para que creen las condiciones convenientes afín de que el enseñante pueda, por iniciativa propia, brindar un trabajo de formación y educación inspirado en estos valores esenciales. También quiero *estimular* a los padres para que apoyen a los maestros de sus hijos y a las autoridades en cada esfuerzo educativo que contribuya a desarrollar lo verdaderamente humano. Aquél que se ocupa intensamente de la formación y la educación en su esencia, no puede evitar referirse a filósofos de la educación de real importancia. Según su origen o su manera de pensar, un pedagogo en actividad podrá tener, al respecto, otras preferencias y referencias. Siendo suizo, me es más fácil referirme a Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827), que posiblemente es el reformador de la educación mejor conocido a nivel mundial. Su obra demuestra un profundo conocimiento de la esencia y del destino del hombre e indica como éste puede alcanzar su verdadera meta que es la humanidad.

En mi larga actividad profesional – más de cuarenta años enseñando a casi todos los niveles – hice la experiencia fundamental siguiente, siempre que tuve éxito se debió a que seguí las pautas de Pestalozzi. Por ello quiero también en este libro seguir a Pestalozzi en mis reflexiones sobre los problemas de la formación, del aprendizaje y de la educación.

Pero ¿y qué significa seguir a Pestalozzi? Claro que no se trata de averiguar cómo Pestalozzi y sus colaboradores enseñaban *en sí* para tratar de imitarlos. Pues muchos detalles metódicos que se experimentaron y se utilizaron en Burgdorf y en Yverdon han perdido actualidad. Es inútil entonces querer reactualizarlos. Pero tiene sentido y es provechoso mantener vivo, en uno mismo, aquél espíritu pedagógico y aquella mirada sobre la esencia y el destino del hombre que animaban al propio Pestalozzi. Muchos otros pensadores llegaron a las mismas conclusiones. Todos ellos estaban animados por el mismo espíritu. Por eso me refiero a la enseñanza en el *espíritu* de Pestalozzi. El maestro que trabaja en este espíritu, deja de ser el lacayo de un sistema, un imitador y se convierte en un diseñador, en un realizador creativo. Ante él, se presentan muchas rutas posibles, sin embargo, sabe cuáles son los caminos equivocados, sabe que no basta *instruir* a los alumnos, sino que hay que proporcionarles *formación y educarlos* para que puedan diseñar su propia vida de manera fecunda.

Claro que es importante aspirar a buenos resultados escolares, emplear informaciones, adquirir conocimientos y habilidades, pero con eso no se logra la educación. Pestalozzi mostró que se trata de algo más que de alcanzar

metas de aprendizaje dadas, es decir, del hombre en su totalidad y del desarrollo armónico de su cuerpo, espíritu e intelecto. Sólo cuando nosotros, como maestros, pongamos las metas concretas al servicio de algo superior, nos moveremos hacia una meta verdaderamente completa, es decir, hacia la educación de los seres humanos en el espíritu de Pestalozzi.

Ya me parece oír la objeción: “Sólo ves al individuo y no te fijas en la sociedad. Mira bien: la brecha entre pobres y ricos se agranda. Oscuros poderes anónimos se vuelven cada vez más influyentes y descarados. No sólo la juventud, la sociedad entera se vuelve cada vez más violenta. Se traman guerras, se predica odio, se patean los derechos humanos. Los valores esenciales se desgarran, millones de seres humanos son arrastrados de aquí para allá entre manipulación, lucha por el pan de cada día y búsqueda de placer. Y en el afán de obtener el becerro de oro, el mundo se va de bruces hacia su ruina: aire, tierra y agua están contaminados, cada día mueren más especies animales, los pulmones verdes se asfixian con la tala de bosques, y las monoculturas - impuestas por grandes consorcios - destruyen los medios de subsistencia naturales de centenares de millones de personas. ¡Y tú llegas y nos hablas de formación individual del ser humano!”

En aquellos tiempos de cambios radicales, de transformaciones turbulentas que llevaron a una vieja sociedad, basada en los privilegios, hacia la democracia, Pestalozzi se veía en una situación parecida. En Suiza, donde el territorio nacional todavía incierto se basaba en una constitución concedida por Napoleón, surge, tras la caída del emperador francés, un vacío de poder y una gran incertidumbre en cuanto a lo que podría acaecer. En esta situación Pestalozzi, ya entrado en años, toma la pluma y elabora su escrito político fundamental “An die Unschuld, den Ernst und den Edelmut meines Zeitalters und meines Vaterlandes” (“A la inocencia, la seriedad y nobleza de mi época y de mi patria”). Es una llamada apasionada a todos los responsables para que intercedan a favor del derecho y de la justicia. Pero la médula de su libro la forma su teoría de la enseñanza y ya en su prefacio formula su convicción en una frase lapidaria: “El comienzo y el final de mi política es la educación.” (Sämtliche Werke. (Obras completas) 24A, 12) Para Pestalozzi está claro que los cambios revolucionarios no ayudan al hombre si estos no se hallan enraizados en el modo de pensar e intención moral de cada individuo. Y esto sólo se puede alcanzar gracias a la educación y a la formación del hombre completo. De ahí, Pestalozzi llega a su conclusión final: “Hay un hundimiento moral, espiritual y social tan profundo que sólo puede haber

salvación si se educa a la gente en el aspecto humano, o sea, formándola para llegar a ser verdaderos seres humanos.” (Sämtliche Werke. (Obras completas) 24A, 165)

Formar a los hombres en el espíritu de Pestalozzi es un ideal. En la esencia de *cada* ideal está el hecho de que nunca se logra realizarlo completamente. Los ideales son puntos de orientación, son brújulas. Pueden darnos alas pero también restarnos valor. La tensión entre lo que deseamos y lo que podemos realmente lograr es soportable si estamos conscientes del hecho fundamental de que *nadie puede realizar lo que es absoluto*. Fracaso, insuficiencia e imprecisión forman parte de la vida. Ahí también hay fuerza educativa para el alumno, en la percepción del enseñante como un ser humano, que conoce sus límites con los que trabaja sinceramente y por ello no pierde la esperanza.

Sí, estoy dispuesto a admitir que resulta simple escribir sobre ideales y que lo difícil es realizarlos. Yo mismo he pasado – como casi la mayoría de los maestros, supongo – por días de rabia, fracaso, desaliento o mismo desesperación, pero cada vez, la única salida que percibí fue guiándome por ideales, que a pesar de mis insuficiencias consideré como válidos.

Mis reflexiones y recomendaciones se encuentran en los veintiséis capítulos o unidades que se hallan a continuación y no procedo a un orden artificial. Se debe considerar cada capítulo como un trocito de mosaico, como el fragmento de un cuadro que ha crecido en mí a lo largo de mi actividad de enseñante. Tengo la esperanza de que estos trocitos de mosaico irán también constituyendo, para quienes me leen, un cuadro animado.